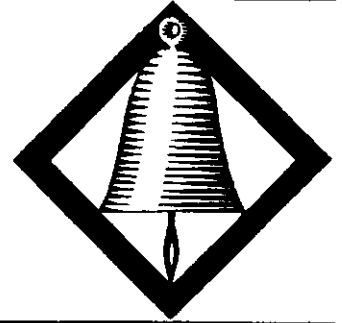


La Campana



SEMANARIO TRADICIONALISTA -s- CON CENSURA ECLESIASTICA

Redacción y Administración:
Hospital, 13 — Teléfono, 80

Dios, Patria, Rey y Fueros

Suscripción: 5 pts. al año
Número suelto 10 céntimos

Unión y Caridad

Ya hemos dicho en estas columnas más de una vez que precisa la unión de todos los católicos para defender la fe de los ataques, abiertos o solapados, que la dirigen los enemigos de Dios y de su Iglesia.

En esa unión caben todos los ideales políticos con tal que no se opongan al denominador común de católicos; por lo tanto caben republicanos, monárquicos, tradicionalistas, elementos de Acción Nacional, etc.

Lo que en esa unión no cabe, ni puede haber, es ninguno de los partidos que han atacado o dejado atacar, que es aún peor, el sentimiento católico.

Para nosotros ¡claro está! que el ideal sería que cuantos coincidimos en lo principal, coincidiésemos en lo accesorio, pues de ese modo se acelerará el triunfo de la libertad verdadera y de la igualdad verdadera y de la fraternidad verdadera, que no son ni mucho menos las que ofrecieron hace ya más de un año, quienes practican a las mil maravillas la libertad del «muerá el que no piense igual que pienso yo»; la fraternidad de suprimir títulos en los demás para ostentarlos ellos y la igualdad que... está a la vista.

Unión, sí, unión y mucha caridad. Y ante todo precisa mucho sacrificio.

Quienes pretendan medrar en

política, esos que se arrimen a cualquiera de los partidos que usufructúan el poder, en los que el enchufe está a la orden del día, pero quienes quieran regenerar la política, para que en vez de ser una profesión, sea un arte de gobernar el pueblo y una verdadera carga, esos sí pueden pensar en unirse con nosotros en la seguridad de nuestra más leal y sincera y fervorosa colaboración.

Lo que desde luego precisa, ante los infames sacrilegios que, con la mayor pasividad oficial por lo menos, se vienen cometiendo, es que desechemos todo miedo y toda cobardía.

Y ante todos los atentados, y ante todas las coacciones, y ante todos los atropellos, y ante todas las persecuciones, mostremos nuestra fe, cada vez con mayor ardimiento, cada vez con mayor entusiasmo.

Por eso ante las calumnias vertidas, ante los atentados perpetrados, ante las injurias lanzadas, estemos siempre dispuestos a gritar: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el Sumo Pontífice! ¡Viva el injuriado y calumniado Cardenal Segura! ¡Vivan los jesuitas, ante cuya ciencia asombrosa en todos los ramos del saber, los enemigos no han sabido hacer otra cosa... que sacar el cuarto voto! viva la unión de los católicos españoles!

ASARANDI

Ha dicho nuestro Jefe provincial

Sólo una escalera de honor hay en el Ayuntamiento y por ella y sólo por ella subí sin mi voluntad y baje, a pesar de mi destitución honrosa en defensa de Murcia. Antes que el general a que alude me llevase al Concejo, llevó al actual alcalde en periodo de franca dictadura. Del pabellón arbitrariamente calificado de «indochino» (¿?) sólo sé que ha sido exhibido ante el jefe del Estado, a quien sus muebles sirvieron en Alicante y aquí que le prodigó calurosos elogios. Entonces se hacían esas y otras muchas cosas con cuantiosos superavits del presupuesto, últimamente liquidado con medio millón de pesetas de déficit Y, además, se dotaba a Murcia de aguas potables, reduciendo a cero en varios meses las defunciones por tifus, se instalaban Casas de Socorro, se terminaba la Plaza de Abastos y se dotaba de alcantarillado a la población. Si esas obras se hubiesen acabado y explotado según se previó y se hubiera constituido el Mercado de Ganados, no atravesaría tortura alguna el erario municipal que hubiera contado con saneadas rentas sobre la amortización del empréstito, diáfana y rectamente contratados. No es justo prescindir de los ingresos previstos y factibles y arrojar después dictorios arbitrarios y gratuitos por las legítimas consecuencias de esa negligencia, en despecho por la objetividad con que se enjuicia por la Prensa y por la opinión un arbitrio a todas luces ilegal y, por ello, jurídicamente incobrable.

F. MARTINEZ Y GARCIA

11-4-32.—(De «La Verdad».)